

# Democratización en América del Sur: una reflexión sobre el potencial de los movimientos sociales en Argentina y Brasil<sup>1</sup>

JUAN CARLOS GORLIER

**L**A HISTORIA DE LOS movimientos sociales en Argentina y Brasil es inseparable de la historia de las expectativas sobre su potencial. A su vez, estas expectativas están estrechamente vinculadas a las ideologías por los propios actores sociales y a las teorías elaboradas por los estudiosos de dichos movimientos. En definitiva, la historia de estos movimientos está articulada de manera compleja e inextricable con la historia de sus interpretaciones.

Pero esas articulaciones están lejos de indicar una conjunción perfecta entre pensamiento y realidad, entre lo esperado y lo acontecido. En efecto, una y otra vez la realidad ha terminado desbordando y, más aún, frustrando, las expectativas antes aludidas. A comienzos de la década de los noventa, vale la pena intentar una revisión de las mismas, aunque ésta deba limitarse a señalar las inflexiones, las continuidades y las rupturas que nos parecen más significativas.

Esto nos permite abordar algunos supuestos que subyacen a dichas expectativas. Asimismo, una revisión de este género, por esquemática que sea, nos aproxima a algunas ideas y conclusiones que a su vez constituyen un buen punto de partida para la reformulación de ciertas perspectivas de análisis. Intentamos así sumarnos al debate actual sobre qué es deseable y razonable esperar de los movimientos sociales en la región.

El ensayo está dividido en tres partes. En la primera presentamos un recorrido retrospectivo de las expectativas sobre el potencial de los movimientos sociales en Argentina y Brasil, donde distinguimos tres períodos. El primero está definido por la centralidad que se ha dado a los movimientos obreros; el segundo por la creciente importancia conferida a los movimientos de liberación nacional, y el tercero por el interés prestado a la emergencia y posterior evolución de los “nuevos” movimientos sociales.

En la segunda parte, utilizamos la información proveniente de una serie de estudios de caso sobre grupos pertenecientes a movimientos que estuvieron activos

<sup>1</sup> Agradezco al profesor Paulo Krischke, de la maestría en sociología política de la Universidad Federal de Santa Catarina, Brasil, sus comentarios sobre las versiones preliminares de este trabajo.

durante las dos últimas décadas,<sup>2</sup> para desarrollar un análisis pormenorizado de sus formas de organización y acción, y su impacto democratizador.

En la tercera sección utilizamos los resultados de los análisis previos y los complementamos con las contribuciones de algunos trabajos recientes.<sup>3</sup> Sobre esa base ensayamos una reflexión de carácter más especulativo sobre la posible contribución de los movimientos sociales a la democracia.

## PRIMERA PARTE: RECORRIDO RETROSPECTIVO

### *1. Expectativas sobre el potencial de los movimientos obreros*

Entre comienzos de los años cuarenta y fines de los cincuenta, se intensificaron en varios países de América latina los procesos de industrialización y modernización, teniendo como protagonistas centrales a los Estados nacionales. En esa época, en la región y en otras partes, los teóricos de la modernización capitalista consideraban que el desarrollo de la región seguiría un camino lineal entre dos posiciones polares, pasando de sociedades “tradicionales” a sociedades “modernas” (Parsons, 1951 y 1966; Rostow, 1960; Germani, 1962).<sup>4</sup> Se consideraba que el desarrollo industrial económico exhibiría una capacidad integradora casi infinita, difundiendo el crecimiento, el bienestar material, la libertad política y hasta la felicidad personal a las distintas poblaciones latinoamericanas. Para decirlo con las palabras de Touraine, el supuesto era “que la modernidad es creada por la misma modernidad” (Touraine, 1988: 175).

Durante esa misma época, y enfrentando precisamente el triple desafío de la industrialización, la integración de las clases populares y la modernización (Stewart, 1969), surgieron primero en Brasil y luego en Argentina sendos regímenes nacional-populistas (Vargas, 1937-1954; Perón, 1946-1955). Estos regímenes emergieron en el trasfondo de la bancarrota experimentada por los proyectos liberal-oligárquicos durante la década de los treinta, que se orientaban a forjar un tipo de modernización “civilizatoria” contra la “barbarie” nativa y una copia formalista de los sistemas políticos de cuño europeo y norteamericano.<sup>5</sup>

<sup>2</sup> Se trata de cuatro estudios presentados en el último Congreso Mundial de Sociología (Madrid, julio de 1990), en la sección número 3, del Comité de Investigación número 9: González Bombal, 1990; Krischke, 1990a; Pozzi, 1990, y Toer y Gorlier, 1990, que a la fecha son inéditos (para más referencias véase la bibliografía, al final del artículo).

<sup>3</sup> Luego de un rápida revisión, hemos seleccionado un puñado de trabajos, en su mayoría de colegas argentinos y brasileños, con valiosas reflexiones sobre los movimientos sociales y su potencial democratizador: Scherer Warren, 1991; Zerméño, 1990; CLACSO, 1990; Krischke, 1990; Cardoso, 1989.

<sup>4</sup> Nos limitamos aquí a aludir a los autores de relevancia dentro de las ciencias sociales. Sin embargo, fuera de la “academia” y desde el punto de vista de la política de desarrollo latinoamericana posterior a la segunda guerra mundial, el lugar central lo ocupan Raúl Prebisch y sus colegas en la Comisión Económica para América Latina (Prebisch, 1949; Guerrieri, 1982). Lehmann (1990) ofrece una elaborada presentación de esta corriente de pensamiento latinoamericano.

<sup>5</sup> Sin embargo, los paralelismos que tuvieron los regímenes mencionados no deben hacernos perder de vista las diferencias entre Argentina y Brasil al respecto. Hacia la década de los treinta, Argentina se

Esto explica, al menos en parte, la ambigüedad de estos populismos, que surgieron como proyectos “antiliberales”. Por un lado, tenían un componente de radicalismo igualitario y justicia social, pero por el otro, se aplicaron a la formación de Estados autoritarios promotores de ideologías nacional-militaristas (Laclau, 1987; véase también Laclau, 1977; Weffort, 1978). Estos regímenes intensificaron la movilización de masas desde los aparatos del Estado, pero bloquearon sistemáticamente tanto su participación efectiva como la organización de grupos disidentes.

En ese período surge la expectativa de que los movimientos obreros tendrían el potencial para desempeñar un papel clave, no para cuestionar la división social entre “trabajo” y “capital”, sino para hacerla compatible con los requisitos funcionales de las pautas de desarrollo capitalista que caracterizaron a la región. En ese contexto se tendía a identificar los derechos de los trabajadores con los derechos *tout court*, al mismo tiempo que se consideraba a las centrales sindicales como los principales garantes de su efectivo ejercicio.

Retrospectivamente podemos ver que estos movimientos obreros fueron de hecho organizados “desde arriba”, con una marcada subordinación a los liderazgos personalistas y a las políticas sociales activamente promovidas desde el Estado nacional-popular.<sup>6</sup> Estos modos de organización mostraron singular eficacia en la formación de las identidades colectivas obreras, unificando y redefiniendo necesidades y demandas que en sí mismas eran probablemente heterogéneas y dispersas.

Los movimientos así gestados quedaron sometidos a los imperativos de proyectos político-estatales que pretendían coordinar el desarrollo industrial autónomo, la modernización y la integración de las clases populares a la “nación”. Si nos atenemos a sus autointerpretaciones, podríamos arriesgar que estos movimientos obreros no fueron “sociales”, al menos no en el sentido de antagonizar con otros actores por el control de una relación social dada. Por el contrario, se concebían a sí mismos como llamados a desempeñar tareas históricas y nacionales, en conflicto con actores a los que se definía por su identidad “oligárquica”, “extranjerizante” o “imperialista”. Estas definiciones de los actores antagónicos tendían a ubicar las

presentaba como uno de los países con mejor nivel de vida del mundo; nada similar puede decirse de Brasil durante esa misma época. Posteriormente, la capacidad de integración y movilización demostrada por el populismo argentino excedió a la de su par brasileño. Sobre el modo en que se reflejan estas diferencias en las culturas políticas de ambos países, véase Mainwaring y Viola, 1984.

6 Algunos estudios proponen interpretaciones conflictivas sobre el grado de organización, autonomía, carácter masivo y combatividad de los movimientos obreros en ambos países durante las primeras décadas del siglo xx (Rodrigues, 1974; Lopes, 1964; Simao, 1966; Murmis y Portantiero, 1971; Di Tella, 1964); asimismo, hay autores que subrayan las diferencias globales entre el movimiento obrero argentino y el brasileño (véase por ejemplo Touraine, 1989). Con todo, a partir de la década de los treinta en Brasil y de los cuarenta en Argentina, cabe señalar algunas tendencias concurrentes: las conducciones obreras de cuño anarquista, socialista y comunista resultan desplazadas; aparece un sindicalismo de masas gestado, centralizado y controlado desde el Estado, con la formación de nuevas dirigencias, cuadros intermedios y activistas; se promulga una nueva legislación laboral y previsional, con mejoras sustantivas en las condiciones de trabajo e incluso en la vida cotidiana de las masas asalariadas; se reprime, muchas veces despiadadamente, toda forma de disidencia o confrontación obrera. En Brasil, Vargas se presenta ante las masas trabajadoras como “el padre de los pobres” y Perón, en Argentina, como “el primer trabajador”.

raíces de la dominación fuera de las propias sociedades nacionales (Touraine, 1989).

Lo cierto es que objetivos de tal envergadura no podían realizarse desde un “movimiento”, sino sólo desde un régimen con pretensiones fundacionales y casi épicas. En tal sentido, los movimientos obreros no hicieron sino acompañar los cursos de acción concebidos y ejecutados desde el Estado nacional popular que se presentaba como el actor central. Esta forma de ubicarse de los movimientos obreros, en relación con los liderazgos carismáticos y con el Estado tiene consecuencias que se prolongan hasta el presente.

## *2. Expectativas sobre el potencial de los movimientos de liberación nacional*

Durante la década que se inicia a fines de los cincuenta, se volvió cada vez más claro que los procesos de modernización regional estaban encontrando serios obstáculos para reproducir las “etapas de desarrollo” (Rostow, 1960) seguidas por los países capitalistas centrales. Con esto entraban en crisis no sólo los proyectos reformistas en la línea de la Alianza para el Progreso —programa de ayuda económica estadounidense lanzado por Kennedy en 1961—, sino también la política de alianzas preconizada por el marxismo “oficial”, a través de los partidos comunistas de la región. La crisis comprometió a unos y a otros, porque ambos tendían a compartir una visión sistémica y evolucionista del desarrollo y a considerar que las sociedades latinoamericanas del futuro se asemejarían a las sociedades industriales occidentales del presente.

Por entonces comenzaron a ganar preeminencia las perspectivas defendidas por los teóricos de la dependencia (Furtado, 1961 y 1964; Frank, 1967 y 1969)<sup>7</sup> que mediante una reelaboración de perspectivas marxistas y de liberación nacional, alcanzarían su apogeo entre 1965 y 1975. Tratando de ajustar cuentas con el “desarrollo que no se produjo”, estos analistas sustituyeron los enfoques basados en el dualismo “tradicional-moderno”, por otros que relacionaban la subordinación de América Latina con el capitalismo mundial. Según estos teóricos, la ecuación entre capitalismo y desarrollo era falsa por incompleta, ya que en realidad el capitalismo implicaba “desarrollo” para los países centrales, pero subdesarrollo y dependencia para los países periféricos. Se criticaron las teorías de la modernización, argumentando que estaban dominadas por el sistema de explotación capitalista y fundadas en una extrapolación etnocéntrica que concebía los cambios sociales como la realización de modelos copiados de los países centrales.

<sup>7</sup> Tanto en esta sección como en la anterior optamos por mencionar a los autores y corrientes más relevantes, distinguiendo de manera un tanto esquemática entre “teorías del desarrollo” y “teorías de la dependencia” y ubicándolas en períodos distintos. Sin embargo, un análisis más detallado mostraría que hay ciertas superposiciones temporales y que en el caso de algunas aportaciones teóricas es problemático utilizar esa distinción. Para un panorama pormenorizado de las teorías de la dependencia —y del desarrollo— en América Latina a partir de la segunda guerra mundial, véase Kay, 1989, Lehmann, 1990 y Frank, 1992.

Con todo, las distintas versiones de la teoría de la dependencia no abandonaron la polaridad “tradicional/moderno” —ni sus supuestos sistémicos—, si bien en lugar de presentarla como etapas dentro de un continuo lineal la concebían como posiciones determinadas por una contradicción fundamental. Dicha contradicción aparecía como principio organizador de la propia estructura interna de dependencia de los países latinoamericanos. A partir de esta visión, se pensaba que para alcanzar la independencia, los países latinoamericanos tenían que romper sus estructuras bipolares internas y utilizar sus riquezas para mejorar las condiciones sociales de las clases populares, en lugar de destinarlas al aumento de la acumulación capitalista a nivel mundial.

En contraste con el período anterior, este segundo período se caracterizó por una aguda conciencia de los desórdenes y las desigualdades formidables que el desarrollo y la modernización capitalista introducían en la periferia latinoamericana. Especialmente, por una conciencia de que, librado a su propia dinámica, el capitalismo no sólo podía coexistir con la pobreza y la marginalidad sino incluso agravarlas.

Las expectativas respecto del potencial de los movimientos obreros se fueron debilitando y ganaron fuerza los análisis en términos de la relación entre las vanguardias y el “campo popular” en la lucha por la emancipación nacional. La época de la liberación pasó a ocupar la posición hegemónica que antes ostentaba la época del desarrollo.<sup>8</sup>

En Argentina y Brasil, con enormes masas de población urbana y múltiples organizaciones intermedias, tendieron a predominar las prácticas de radicalización social y política sobre las estrategias de insurreccionalismo armado de tipo foquista promovidas por algunas organizaciones creadas por el gobierno revolucionario cubano (Debray, 1961; Guevara, 1968; para una evaluación retrospectiva, véase Debray, 1974). De todas maneras, más allá de las diferencias estratégicas, las tendencias dominantes en la izquierda veían la toma del poder como un objetivo fundamental e ineludible (Hilb y Lutzki, 1984).

A través de esas prácticas de radicalización se aspiraba a forjar una conciencia y una praxis popular y crítica capaz de percibir a través de la densidad de las rutinas, las tradiciones y las particularidades locales, las estructuras universales de la explotación consumada por el sistema mundial capitalista. Esta idea sobre la

<sup>8</sup> Como ya insinuábamos en la nota anterior, el hecho de que una concepción desplace a otra convirtiéndose en hegemónica, no significa de ninguna manera que la “supere” o elimine por completo. Por ejemplo, muchos teóricos al mismo tiempo que confrontan con la idea de “desarrollo”, dado su impacto negativo sobre grandes sectores de la población pobre y sobre el medio ambiente, se apropian dicha idea reformulándola y proponiendo “otro” desarrollo: ecológicamente sostenible, orientado a la satisfacción de necesidades básicas pero no sólo de ellas, etc. —sobre esto véase Nerfin, 1987 citado por Lehmann, 1990. En tal sentido, la periodización propuesta supone la coexistencia de distintas perspectivas y expectativas en un tiempo-espacio complejo y multidimensional. Incluso puede ocurrir que una perspectiva se convierta en hegemónica, conviviendo, articulando y reformulando algunos elementos de otras perspectivas. Por último, estas hegemonías son relativamente inestables y cambiantes; perspectivas supuestamente superadas pueden reaparecer con nuevas fuerzas y características (para comentarios similares sobre este tipo de periodizaciones véase Scherer Warren, 1991b).

existencia de una raíz común a todas las formas de explotación y subordinación, a todos los males sociales, fue un elemento insistente y recurrente en todos los proyectos de gestación de movimientos de liberación nacional. Se asumía que estos últimos debían surgir a partir del reconocimiento del carácter generalizable y equivalente de todas las demandas populares. Y con base en dicho supuesto se pensaba que había una tendencia casi natural hacia la convergencia de distintas fuerzas sociales (proletariado, campesinado, marginales urbanos, estudiantes, etc.) en grandes movimientos de liberación nacional o incluso regional, dirigidos por organizaciones de vanguardia revolucionaria.

Esto señala la irrupción y el gradual fortalecimiento de nuevas expectativas, ahora referidas al potencial emancipatorio de los movimientos de liberación nacional. En América Latina estaba muy viva la experiencia de la Revolución cubana y de la guerra de Vietnam; en la izquierda, el rechazo al imperialismo “yanqui” se hacía cada vez más visceral. Muchos intelectuales y militantes estaban convencidos de estar viviendo en una época de transformaciones sociales inminentes, que tendrían por protagonistas a sujetos colectivos heroicos y que cambiarían en poco tiempo la fisonomía del mundo.<sup>9</sup>

Estas expectativas se vieron reforzadas por una singular efervescencia social y política que durante varios años existió en los dos países. A comienzos de los años sesenta en Brasil y de los setenta en Argentina, creció la movilización de las organizaciones campesinas y obreras, así como de los movimientos estudiantiles de corte “antiimperialista”, y la protesta callejera espontánea se convirtió en un hecho cotidiano en muchas ciudades. Al mismo tiempo, se intensificaron las acciones armadas de distintas células guerrilleras, por un lado, y de organismos parapoliciales y paramilitares por el otro.<sup>10</sup>

Sin embargo, a la luz de los acontecimientos posteriores, no cabe duda que todo esto anunciaba no la inminencia de una revolución popular, sino la descomposición

<sup>9</sup> Durante la década de los setenta, conjuntamente con las teorías de la dependencia va ganando cada vez más relevancia la problemática teórico-estratégica sobre las clases y los movimientos sociales en la formación de una “voluntad colectiva nacional popular”. Comentando este viraje, Ilse Scherer Warren (1991b) presta considerable importancia al Seminario de Mérida (México, 1971), que contó con la asistencia de intelectuales europeos y latinoamericanos: Touraine, Castells, Poulantzas, Zenteno y Laclau, entre otros; para una lista más completa de los asistentes latinoamericanos, véase los textos en Zenteno, 1977.

<sup>10</sup> Por ejemplo, en Brasil, entre 1962 y 1964, se formó el Frente de Movilización Popular que a partir del control de una central sindical (CGT) organizó una serie de alianzas con otras fuerzas entre las que cabe mencionar a las Ligas Campesinas, la Unión Nacional de Estudiantes, la Confederación Nacional de Trabajadores Agrícolas (CONTAG), la Unión Brasileña de Estudiantes Secundarios (UBES), el Movimiento de Sargentos, los Oficiales Nacionalistas, el Frente Parlamentario Nacionalista y algunos partidos de izquierda (Dos Santos, 1986; Marini, 1974). En Argentina, especialmente luego del golpe del teniente general Onganía (ocurrido en 1966), se fueron multiplicando los conflictos obreros y las movilizaciones sociales, tanto en el interior como en la Capital Federal. Una escalada de huelgas de trabajadores rurales y de obreros industriales desbordó a las cúpulas sindicales. En 1969 se produjo el “cordobazo”, fenómeno de sublevación popular en una ciudad importante del interior que marcó un hito en la espiral de la violencia armada que iría en aumento hasta el golpe militar de 1976, y que desencadenaría una feroz represión desde el Estado (Corradi, 1985).

definitiva del modelo estatal, político y social forjado durante las décadas de los cuarenta y los cincuenta (véase Touraine, 1989). En efecto, esos períodos de efervescencia que en distintos momentos vivieron ambos países, no prepararon el advenimiento de regímenes revolucionarios, sino que fueron cortados abruptamente por la irrupción de regímenes militares y Estados antipopulares.

### *3. Expectativas sobre el potencial de los movimientos sociales de las últimas décadas*

Llegamos así al último tramo de nuestro recorrido retrospectivo. En esta sección vamos a concentrar la atención en las dos últimas décadas.

Primero en Brasil y luego en Argentina se produjeron golpes de Estado que llevaron a los militares al control de los gobiernos nacionales (Brasil, 1964; Argentina, 1976). Como se sabe, estas rupturas del orden democrático constitucional son habituales en Latinoamérica y existen estudios tanto sobre el carácter cíclico de las mismas (Morris, 1989) como sobre los rasgos distintivos de los regímenes autoritarios forjados en cada caso.<sup>11</sup> Pero durante la segunda mitad de la década de los setenta se vio que, especialmente la dictadura argentina, ostentaba características que la diferenciaban marcadamente de otras experiencias autoritarias del pasado.<sup>12</sup>

Estas décadas se caracterizan por la ausencia de una teoría general que proporcione un diagnóstico dominante sobre el presente y el futuro de la región. Con todo, algunas doctrinas tuvieron considerable difusión entre las élites militares y sus grupos de colaboradores, especialmente aquellas que argumentaban sobre la necesidad de defender la “seguridad nacional” (Comblin, 1977; Do Couto e Silva, 1985; Stepan, 1988; Corradi, 1985).

Estas dictaduras tuvieron características específicas en cada uno de los países considerados. El régimen argentino fue más lejos que el brasileño en la proscripción de la actividad política, la represión desde el Estado y la aplicación de medidas económicas de corte monetarista neoconservador —antes incluso del “auge” del neoconservadurismo estadounidense—, orientadas a incorporar el país a los “mercados mundiales”. Sin embargo, también pueden vislumbrarse algunos elementos en común: ambos regímenes suspendieron los derechos ciudadanos, con persecución, prisión, tortura, y muchas veces ejecución tanto de activistas políticos y sociales como de personas sin militancia activa en organización alguna; asimismo, se intervinieron los sindicatos y se reprimió la actividad de infinidad de organizaciones intermedias.

<sup>11</sup> Entre los diversos trabajos al respecto (por ejemplo, Malloy, 1977; Collier, 1979; Lechner, 1981) sobresalen los de Guillermo O'Donnell (1972, 1973 y 1982) que, analizando los gobiernos militares de Argentina y Brasil durante la década de los sesenta, elaboró la noción de “régimen burocrático autoritario”.

<sup>12</sup> Por ejemplo, Hector Schamis (1991) sostiene que las dictaduras de la década de los setenta en Argentina (1976), Uruguay (1973) y Chile (1973) tienen rasgos en común que permiten diferenciarlas de las formas dictatoriales previas y afirma que no se trata ya de “regímenes burocrático autoritarios”, sino de regímenes autoritarios “neoconservadores”.

Ninguno de los regímenes en cuestión utilizó de manera sistemática los aparatos del Estado para organizar y movilizar al “pueblo” en su apoyo. Por el contrario, hubo una tendencia a desmovilizar, disciplinar y atomizar las identidades y prácticas colectivas previas. Sin embargo, hubo incipientes proyectos de construcción de identidades nuevas. En Brasil el régimen intentó forjar una mística en torno a los eslóganes de “Brasil gran potencia” y el “milagro brasileño” (Bambirra y Dos Santos, 1977) y en los dos países los militares promovieron el valor de la “unidad nacional” y manipularon la atracción popular hacia el fútbol —en 1978, con miles de torturados y asesinados, Argentina fue sede del campeonato mundial de ese deporte. Pero acaso, cuando más cerca se estuvo de gestar una sólida movilización popular nacionalista fue en este país, durante las primeras semanas de la guerra de las Malvinas/Falkland, a comienzos de 1982 (Corradi, 1982-3).

En ese contexto de represión institucionalizada y atomización social, no había señales que permitieran esperar la aparición de nuevos actores sociales antagónicos. Sin embargo, a veces gradualmente y otras de manera repentina, fueron apareciendo múltiples formas de organización y acción social, de carácter local y heterogéneo. En algunos casos se trató de formas absolutamente nuevas, en otros del resurgimiento de movimientos que luego de un período de latencia comenzaban a reorganizarse con nuevas características.

En Brasil estos fenómenos fueron adquiriendo más notoriedad hacia 1974. Fue la época del nuevo sindicalismo combativo, de las asociaciones vecinales en la periferia urbana, del movimiento feminista y las asociaciones ecologistas; fue el tiempo de las comunidades eclesiales de base, que luego de más de una década de existencia, alcanzaron significativa capacidad de movilización (Mainwaring y Viola, 1984; Dos Santos, 1986; Mainwaring, 1987; Sader, 1988).

En Argentina estas nuevas formas de organización y acción alcanzaron notoriedad varios años más tarde. Primero, algunas organizaciones de derechos humanos que se movilizaron al comienzo mismo de la dictadura iniciada con el golpe de 1976. Luego otros movimientos, entre los que destacan el movimiento de renovación sindical, el movimiento barrial, el movimiento estudiantil, el movimiento feminista y el fenómeno juvenil en torno a los recitales de rock nacional (Jelin, 1985 y 1987; Calderón, 1986).

Estos fenómenos, difícilmente previsibles dadas las condiciones de represión existentes, surgieron en una coyuntura teórica desde la cual las expectativas previas sobre los movimientos sociales ya comenzaban a verse un poco lejanas.

En efecto, a pesar de las diferencias manifiestas, había en dichas expectativas algunos parecidos de familia. Cuatro son los rasgos más destacables que tenían en común: 1) concebían los movimientos sociales como actores colectivos masivos e indiferenciados (el “pueblo”, las fuerzas “populares”, el “campo popular”, etc.); 2) atribuían a dichos actores el potencial de realizar tareas históricas de carácter nacional o incluso regional (“desarrollo nacional”, “liberación nacional”, “liberación latinoamericana”, etc.); 3) planteaban una conexión estrecha y con fuertes

connotaciones voluntaristas, aunque de índole distinta según el caso, entre movimientos sociales y “poder de Estado”; 4) mostraban significativa desvalorización e incluso hostilidad hacia la democracia, sea como sistema político constitucional o como principio organizador de las relaciones sociales.

En contraste con los períodos anteriores, las nuevas expectativas estuvieron relacionadas con la aparición de una diversidad de enfoques que ponían de relieve la identidad, la autonomía, la democracia de base, la ciudadanía social y la cotidianidad (Singer y Brant, 1980; Moisés *et al.*, 1982; Tillman, 1987; Boff, 1985, 1986; Jelin, 1987a; Calderón, 1986; Calderón y Dos Santos, 1987; Scherer Warren y Krischke, 1987).

Durante este tercer período, hay que tener en cuenta tanto los estímulos provenientes del “efecto de mostración” de los nuevos movimientos sociales en Europa occidental y en Estados Unidos, como los importantes análisis sobre dicho fenómeno producidos por varios intelectuales europeos durante la misma época (entre otros, Galtung, 1981; Touraine *et al.*, 1982; Mellucci, 1982; Castells, 1983; Habermas, 1985; Laclau y Mouffe, 1985) (para más comentarios, véase Mainwaring y Viola, 1984, y Scherer Warren, 1991b).<sup>13</sup>

Dada esta proliferación de nuevas perspectivas, no es fácil circunscribir las corrientes de pensamiento más influyentes durante este período, pero seguramente la teología de la liberación (Boff, 1985 y 1986; CNBB, 1981) y el “postmarxismo” (Castells, 1983; Laclau y Mouffe, 1985) se encuentran entre las principales.<sup>14</sup>

De algún modo, esta multiplicidad de enfoques y corrientes se fueron condensando en una nueva expectativa, ahora sobre el potencial democratizador de estos nuevos movimientos sociales. Sin embargo, ni en los actores ni en los analistas existió una comprensión unívoca respecto de ese potencial; por ende, tampoco hubo un sólido consenso con respecto al contenido mismo de dicha expectativa. Si bien hubo analistas que, al profundizar algunos de los enfoques antes mencionados intentaron capturar la contribución de los movimientos sociales a la constitución de nuevas identidades, nuevas formas de asociación y autogestión, y nuevas orientaciones valorativas, la tendencia predominante fue elaborando una visión gradualista, finalista y frentista, en clave política, de ese potencial democratizador:<sup>15</sup> se esperaba que esas formas de organización y acción de carácter basista,

<sup>13</sup> Precisamente, Ilse Scherer Warren señala que en el análisis de las teorías sobre los movimientos sociales en América Latina hay que tener en cuenta por lo menos dos factores: “a) la propia historia del desenvolvimiento latinoamericano en sus aspectos económicos, políticos y culturales, y su captación por el pensamiento de las ciencias sociales; y b) la historia del pensamiento social latinoamericano en sus articulaciones con el pensamiento teórico internacional” (Scherer Warren, 1991b).

<sup>14</sup> Lehmann (1990) desarrolla un detallado análisis de la influencia de la teología de la liberación en la práctica y la teoría del “basismo” en Brasil. Sobre el postmarxismo baste indicar que designa una perspectiva aún en elaboración, definida por la crítica al estructuralismo de corte althusseriano y la reformulación de las conexiones entre socialismo y democracia. Laclau y Mouffe utilizaron el término “postmarxismo” hace algunos años (Laclau y Mouffe, 1987); pero no sabemos si Manuel Castells aceptaría esta designación.

<sup>15</sup> Para un análisis más pormenorizado, véase Jelin, 1986.

heterogéneo y local irían articulándose para gestar movimientos sociales bien diferenciados que luego convergerían en la constitución de un “sujeto social nuevo” y en la formación de un “frente democrático” (conformado por movimientos sociales, partidos políticos, sindicatos y otras organizaciones) con el potencial suficiente para abrir los caminos de la creación de un nuevo orden social y político más libre y más igualitario.<sup>16</sup>

Las expectativas de este nuevo período se vieron reforzadas con la creciente notoriedad alcanzada por los movimientos sociales durante las transiciones de la dictadura a la democracia que, con ritmos y características distintas, se desarrollaron en Argentina (1980-1983) y Brasil (1974-1985).

No es éste el lugar para considerar en detalle los aspectos políticos de estas transiciones en América del Sur, que ya otros han analizado en profundidad (O'Donnell *et al.*, 1986; Cavarozzi y Garretón, 1989; Krischke *et al.*, 1992). Baste indicar que en contraste con el régimen militar argentino, el régimen brasileño pudo apoyarse en algunos logros económicos para construirse cierta credibilidad. Por el contrario, en Argentina no hubo tales logros y la corrupción fue generalizada en la cúpula militar. En Brasil puede verse una transición guiada hasta sus últimas fases por los militares que intentaron seleccionar actores políticos e introducir controles institucionales. En Argentina, por el contrario, luego de la derrota de la guerra de las Malvinas/Falkland, se produjo una suerte de transición por “colapso”.

El carácter “fundacional” que algunos analistas (O'Donnell *et al.*, 1986) atribuyen a las elecciones que inauguran el cambio de régimen —con la “magia de la democracia” gravitando sobre amplios sectores de la población— fue probablemente más marcado en Argentina que en Brasil, dado el “gradualismo” que caracterizó al proceso en este último país.<sup>17</sup> De todas maneras, en ambos casos, sin violencia revolucionaria, los regímenes autoritarios fueron remplazados por regímenes democráticos.

Pero a medida que se desarrollaron las transiciones, se hizo evidente que los actores políticos comenzaban a presentarse como los protagonistas centrales de la transición, mientras que los movimientos sociales eran desplazados de la escena pública.

Con la gradual y relativa estabilización de nuevos regímenes democráticos que incluyen una nueva ronda de elecciones nacionales (Argentina, 1989; Brasil, 1990), las expectativas sobre la contribución de los movimientos sociales a la formación de un sujeto social nuevo se han debilitado considerablemente.

<sup>16</sup> Sobre las expectativas acerca de la formación de un “sujeto social nuevo” a partir de la acción unificada de una diversidad de actores sociales, véanse los comentarios de Theotonio Dos Santos (1986) sobre las conclusiones del Seminario de Costa Rica sobre los Movimientos Sociales en Latinoamérica (ONU-CLACSO; Pablo González Casanova, coordinador general).

<sup>17</sup> De hecho, en Brasil la “transición” se prolongó 16 años: 1974, comienzo de la “apertura” (bajo el general Ernesto Geisel); 1985, elecciones indirectas (Tancredo Neves, sucedido por Sarney); 1990, elecciones directas nacionales (Collor).

Esto ocurre mientras se recrudece la aplicación de políticas de ajuste (CLACSO, 1988b y 1990). Se trata de la profundización de proyectos económicos de corte neoconservador que se lanzaron a escala mundial durante los años setenta y que ya habían comenzado a aplicarse en la región durante las últimas dictaduras militares. Con todo, hay una diferencia clave, ya que ahora se aplican dentro del marco de legitimidad que suministran los nuevos regímenes de democracia política.

En estas condiciones, crece la disociación y la dispersión de los grupos sociales y se reduce la capacidad de articulación política de los partidos; estos últimos se ven ante electorados "alienados" y tienen además enormes dificultades para representar, mediatizar y negociar las políticas de ajuste aplicadas desde las alturas del poder gubernamental. Al mismo tiempo, las organizaciones sindicales tradicionales se fracturan y pierden centralidad estructural, peso político y representatividad social. Por añadidura, dado que la dureza de esas políticas está alimentando la irrupción de estallidos sociales relativamente espontáneos, es previsible que comiencen a multiplicarse las formas coercitivas de mantener el "orden".

Como es lógico, los movimientos sociales no son ajenos a este escenario crítico. Es evidente que las expectativas respecto del potencial democratizador, asociadas a una visión finalista que pronosticaba la futura convergencia de dichos movimientos en la formación de un frente para la construcción de un nuevo orden, se están viendo frustradas.

Crece el pesimismo y predominan las interpretaciones según las cuales, en lugar de encabezar la construcción de un nuevo orden más justo, los movimientos sociales estarían siendo arrastrados por tendencias de retorno al pasado predictatorial, a las formas de dominación (oligárquica, clientelista o populista), o bien estarían en vías de disolverse por completo (Zermeño, 1990).

Pero estas interpretaciones se multiplican simplemente como consecuencia de la frustración de las expectativas previas, que hacían énfasis en una lectura en clave política del potencial de estos movimientos, dotándolos de una capacidad expansiva prácticamente ilimitada, que los llevaría a producir una transformación decisiva del orden social. La visión pesimista actual está de hecho directamente vinculada a la frustración producida por el fracaso de esa visión previa.

Al mismo tiempo, esto lleva a descuidar la observación y el análisis de lo que ocurre en realidad con los movimientos sociales. Es cierto que en los países que nos ocupan, muchos movimientos son objeto de persistente exclusión por parte de los procesos de toma de decisiones y están dando signos de pérdida de vitalidad asociativa; al mismo tiempo que reaparecen los "neoclientelismos" e irrumpen formas de radicalización que tienden a autoclausurarse.

Pero eso no es todo. De hecho, también es posible vislumbrar la existencia de procesos de creciente institucionalización, la recreación de las culturas políticas de distintos grupos, el afianzamiento de procedimientos de democracia interna, la conjunción de prácticas inéditas de confrontación y negociación, la redefinición de las relaciones entre movimientos y partidos. Todo esto parecería estar indicando que nos encontramos ante la multiplicación de experiencias efectivas de aprendi-

zaje social cuyo signo es mucho más ambiguo de lo que la visión pesimista sugiere. A su vez, esto puede ofrecer cierto sustento para reelaborar algunas ideas sobre el potencial democratizador de estos movimientos.

## SEGUNDA PARTE: ANÁLISIS DE CUATRO ESTUDIOS DE CASO

En esta sección vamos a analizar cuatro estudios de caso sobre grupos pertenecientes a movimientos sociales que estuvieron activos durante las últimas décadas. La información suministrada por estos estudios confirma algunas tendencias esbozadas en términos mucho más generales en la sección anterior. Sin embargo, al brindar una descripción más “densa” y pormenorizada sobre las formas de organización y acción, las demandas y la evolución ulterior de distintos grupos, permite capturar ciertas dimensiones que son cruciales si se intenta un análisis más riguroso de los movimientos sociales y su potencial democratizador. Con frecuencia, las perspectivas más globales sobre la transición política, al concentrarse en los actores, procesos y estructuras “macro”, tienden a descuidar ese potencial o a evaluarlo de manera errónea.

Analizaremos los siguientes grupos: Unión Obrera Metalúrgica de Quilmes (Pozzi, 1990); Madres de Plaza de Mayo (González Bombal, 1990); Agrupación Estudiantil Franja Morada (Toer y Gorlier, 1990) y Movimiento Barrial Periferia (Krischke, 1990). Se trata de cuatro grupos pertenecientes a movimientos urbanos, los tres primeros actuaron en Buenos Aires, Argentina; el último en Florianópolis, Brasil.

### *1. Nuevas formas de organización y acción*

Los cuatro grupos considerados se formaron o reorganizaron en distintos momentos: las Madres de Plaza de Mayo hicieron su primera aparición pública en abril de 1977, luego de algunos meses de encuentros imprevistos en diversos destacamentos militares y reparticiones policiales donde concurrían individualmente a pedir información sobre sus hijos e hijas.

La UOM de Quilmes había sido un grupo muy activo a fines de los años sesenta y comienzos de los setenta y su dirigencia fue duramente reprimida durante los primeros meses de la dictadura militar. El estudio consigna que “en esos meses, 20 activistas y delegados desaparecieron” (Pozzi, 1990). El grupo, diezmado en 1976, comienza con todo a reorganizarse a mediados de 1977, en fábricas de la zona que no habían sido muy golpeadas por la represión, probablemente por carecer de militancia obrera muy activa.

El grupo que posteriormente se constituyó como la Franja Morada de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, comenzó a formarse con algunos estudiantes que, de forma individual, empezaron a participar en algunas

asambleas secretas entre 1979 y 1980. En 1976, la intervención militar en la facultad había desmantelado el Centro de Estudiantes y reprimido al activismo estudiantil —sobre un total de 448 estudiantes desaparecidos en la UBA, 89 pertenecen a Filosofía y Letras (Bonavena, 1990). Con estas asambleas, algunas agrupaciones estudiantiles comenzaron a prepararse para lanzar una campaña de reapertura del Centro de Estudiantes cuando las condiciones fueran un poco más favorables.

Por último, el grupo que en 1986 ejerció el liderazgo de Periferia, comenzó a gestarse en 1981 en Monte Serrat, un barrio en las afueras de Florianópolis en Brasil. Formado por un puñado de jóvenes que cuestionaban las “prácticas clientelistas” (Krischke, 1990) de los dirigentes barriales de la época, el grupo emergió en 1982, al ganar las elecciones del consejo comunitario local. La dirigencia previa se había formado durante la segunda mitad de los años setenta, cuando por iniciativa del gobierno del Estado se crearon estos consejos. En 1986, luego de un trabajo de discusión de base en Monte Serrat y otros barrios adyacentes, se produjo una fractura en la recientemente creada Unión Florianopolitana de Entidades Comunitarias (UFECO), en virtud de la cual 12 barrios se desligaron del movimiento más amplio —que ya comprendía más de 70 barrios— y convergieron en la formación de Periferia.

La mayoría de estos grupos se formó bajo condiciones muy adversas. Salvo el caso de la dirigencia de Periferia, que se gestó durante la “apertura” brasileña, el resto de los grupos se organizó cuando la represión autoritaria estaba aún en su apogeo. Tanto en la UOM de Quilmes como en el grupo que luego formaría la Franja Morada se percibe la profunda discontinuidad provocada por la represión, que impuso a los activistas el desafío de recrear considerablemente las formas de militancia previas. En todos los casos se asiste a formas de organización y acción que buscan contrarrestar las tendencias a la atomización o a la cooptación promovidas por el autoritarismo. Con excepción de las Madres de Plaza de Mayo, el resto de los grupos pasa por un período inicial relativamente prolongado de existencia sumergida, caracterizado por procesos de discusión interna para la definición o reformulación de sus demandas y estrategias. Durante estos períodos, que no corresponden con el estereotipo del grupo “en movimiento”, individuos relativamente aislados se van reconociendo como iguales y algunas microagrupaciones construyeron incipientes redes de organización y acción conjunta. Se trata de un período de dispersión social y política inédita, donde prácticamente no hay en Argentina ni Brasil ninguna institución u organización capaz de mantener o promover marcos estables de identidad colectiva, salvo el caso excepcional de las corrientes progresistas dentro de la Iglesia católica en Brasil. Es probable que la fractura del tejido político social producida por el autoritarismo gravitó considerablemente en la aparición de este fenómeno de multiplicación de grupos y organizaciones que, con identidades relativamente singularizadas y procedimientos basistas, no actuaban siguiendo proyectos y direcciones más globales.

## 2. Demandas y derechos

Muchas demandas sociales sólo tienen alguna posibilidad de ser finalmente reconocidas si se las presenta a través de acciones colectivas y organizadas. Si esto ocurre en sistemas democráticos bien establecidos, no debe llamar la atención que también suceda bajo regímenes dictatoriales. Con todo, en este último caso los participantes en tales acciones corren riesgos muy altos. El secuestro y la posterior “desaparición” de algunos miembros de las Madres de Plaza de Mayo junto con dos monjas francesas, ocurrido en 1977, lo confirman con crudeza extrema. En sus inicios el grupo demandaba información sobre el “paradero de sus hijos e hijas” (González Bombal, 1990). Pero a medida que fortalecieron su convicción interna y su presencia pública, van precisando tanto el destinatario de sus demandas como el contenido de las mismas. Las Madres comenzaron a reclamar al “régimen” la “aparición con vida” y el “juicio y castigo a los culpables” (González Bombal, 1990). Como veremos más adelante, durante los años siguientes, el grupo mantuvo estas demandas invariables, si bien la dinámica de la transición política les exigirá ir cambiando de interlocutores.

La UOM de Quilmes comenzó su reorganización enfrentando problemas muy puntuales: bajos salarios, aumento en las horas de trabajo, suspensiones y despidos, atrasos en los pagos quincenales. Pero a partir de 1980 fueron surgiendo “nuevas” demandas, que de hecho son de larga data en las luchas del sindicalismo argentino. Especialmente relevantes fueron los reclamos que respaldaban “la autoridad de las comisiones internas de fábrica frente a las directivas emanadas de supervisores y capataces” y las demandas en favor del “derecho a asociarse y elegir representantes” (Pozzi, 1990).

Entre los grupos estudiados, el que luego formara la Franja Morada ofrece el mejor ejemplo de un grupo “poco politizado”, que se gesta sin una idea clara acerca del activismo y sin demandas precisas. Los entrevistados recuerdan que, en el clima imperante bajo la dictadura, sentían cierta necesidad difusa “de hacer algo, de reunirnos y discutir los problemas de la universidad y el país” (Toer y Gorlier, 1990). Durante largos meses pasan por una suerte de estado de latencia, con reuniones internas esporádicas y participando circunstancialmente en algunas asambleas secretas y en un “Seminario sobre La Reforma”,<sup>18</sup> organizado hacia fines de 1981 por la Juventud del Partido Radical (en situación semiclandestina). Pero gradualmente, el grupo fue definiendo su perfil de agrupación estudiantil y se sumó a la organización de una campaña de recolección de firmas en contra de los aranceles universitarios. En 1982, participaron activamente en las movilizaciones demandando “la reapertura de los Centros de Estudiantes” (Toer y Gorlier, 1990).

Como adelantamos más arriba, la dirigencia de Periferia surgió como un grupo disidente dentro de un proceso más global de cuestionamiento de las formas de

<sup>18</sup> “La Reforma”, movimiento estudiantil que se originara en Argentina a comienzos de siglo y que tuviera considerable influencia sobre otros movimientos estudiantiles latinoamericanos.

cooptación ensayadas por el gobierno estatal, principalmente a través del “intercambio de servicios comunitarios por votos” (Krischke, 1990). En este contexto se entiende mejor la complejidad de las demandas promovidas por el grupo. Por una parte, están las demandas específicas vinculadas con las necesidades materiales habituales en este tipo de comunidades: pavimento, luz eléctrica, guarderías infantiles y otros servicios sociales. Por la otra, están las demandas más radicalizadas que el grupo promovía en su cuestionamiento de las prácticas clientelistas; especialmente importantes son las exigencias de “discusión abierta sobre planeamiento urbano” con los funcionarios estatales y el énfasis puesto por el grupo en el “autogobierno” (Krischke, 1990). Al crear estos consejos comunitarios, el gobierno había puesto en marcha un sistema de elección en virtud del cual sólo podían votar aquellos miembros que estuvieran al día con el pago de sus cuotas. Frente a estas limitaciones, el grupo demandaba “participación directa e irrestricta de las bases” (Krischke, 1990) y reclamaba que se extendiera el derecho al sufragio a todos los residentes adultos del barrio.

Sin excepción, todos los estudios considerados describen cómo, rápidamente, los grupos analizados plantearon sus demandas en términos de derechos; inflexión clave, pues supone pasar de la lucha por la satisfacción de una demanda a la lucha por el reconocimiento de la legitimidad de demandar. Esto no debería llamar demasiado la atención en el caso de los grupos pertenecientes a movimientos con una larga tradición, como es el caso de la UOM de Quilmes, pero también se manifiesta en un grupo como las Madres de Plaza de Mayo, que pertenece a un movimiento mucho más nuevo. En todos los casos, la irrupción en la esfera pública —o la redefinición de una demanda como “social” y “pública”— estuvo vinculada con la capacidad que demostraron los grupos de autoafirmarse y presentarse, no como subordinados o víctimas, sino como sujetos de derechos que debían ser respetados, que eran legítimos aunque no fueran reconocidos. A su vez, esto permite vislumbrar el poder de supervivencia y desplazamiento de distintas ideologías: la radical democrática, la sindical izquierdista, la estudiantil reformista y la teología de la liberación —según el estudio de Krischke, esta última gravitó considerablemente en la formación del liderazgo de Periferia. Los distintos grupos encontraron en esas ideologías las reservas de sentido requeridas para distanciarse del poder autoritario y cuestionarlo.<sup>19</sup>

### 3. La hegemonía de los partidos políticos

Ya comentamos que al promediar la transición política las formas alternativas de organización y acción social fueron multiplicándose, dando lugar a lo que

<sup>19</sup> De ser así, estos grupos estarían haciendo un poco más visibles algunos sesgos de las dinámicas de emergencia de contra-poderes y de institución de imaginaria de contraidentidades que tanto obsesionan a los teóricos del constructivismo social y la democracia radical; pensamos en Cornelius Castoriadis, Claude Lefort, Ernesto Laclau y Agnes Heller.

alguien caracterizara como el “tiempo de los movimientos sociales” (Jelin, 1987a). Con frecuencia pudo comprobarse cómo los actores sociales comenzaban a ganar cierta iniciativa frente al poder autoritario desplegando sus demandas con un ritmo más intenso que el seguido por la democratización política, conducida principalmente por la cúpula militar o por algunos actores políticos selectos, según el país. Sin embargo decíamos que, al aproximarse las elecciones presidenciales (Brasil, 1985; Argentina, 1983) los movimientos sociales comenzaron a perder iniciativa y *momentum*. Nuestros estudios de caso nos permiten profundizar un poco más en el conocimiento de este proceso.

Con la intensificación de las campañas proselitistas, aumentó considerablemente el esfuerzo de los líderes políticos para tratar de situarse en el centro de la atención pública. Las Madres de Plaza de Mayo se vieron ante el desafío de reformular sus estrategias y cambiar de interlocutores. Ya en 1980 se había preanunciado el carácter de confrontación que tendría su relación con los líderes de los partidos mayoritarios; en esa oportunidad, acusaron al entonces presidente del Partido Radical (carente todavía de reconocimiento formal) de ser sospechoso “portavoz del régimen” en el tema de los desaparecidos (González Bombal, 1990). Sistemáticamente, las Madres cuestionaron las “soluciones” a la violación de los derechos humanos elaboradas por los partidos mayoritarios. Luego de las elecciones hicieron blanco de sus críticas al ejecutivo y dirigieron sus demandas hacia el poder judicial. En tal sentido parecerían un buen ejemplo de organización social autónoma que, fiel a sus principios, no “negocia”, se distancia y se diferencia de la dinámica política partidaria. Sin embargo, el estudio de González Bombal detecta cierto fenómeno de “doble militancia”, en virtud del cual muchos miembros de partidos de izquierda y extrema izquierda —entre otros el Partido Comunista, el Movimiento al Socialismo y el Partido Obrero— también eran participantes activos en el grupo de las Madres y en otras organizaciones de derechos humanos.<sup>20</sup>

En la Argentina anterior al gobierno *de facto*, fue habitual la existencia de vínculos orgánicos entre distintos grupos sindicales y el Partido Peronista. Pero como ya mencionamos, la dictadura iniciada en 1976 produjo una profunda discontinuidad. En 1983, simultáneamente con el lanzamiento de las elecciones nacionales, se aceleró considerablemente el proceso de “redemocratización” de los sindicatos. Los militantes peronistas de la UOM de Quilmes, que el año anterior habían participado en una movilización masiva organizada por la CGT y duramente reprimida por la policía, se sumaron ahora a la campaña lanzada por el Partido Peronista. Pero en las fábricas de su zona de influencia se encontraron ante una situación inédita: durante los primeros años de la dictadura se había ido forjando una organización basista “menos profunda pero más extensa que la que tuvimos

<sup>20</sup> En algunos casos, esto fue completamente público, al punto de que una dirigente de la Comisión de Familiares de Desaparecidos y Presos por Razones Políticas y madre de un desaparecido, se presentó para las elecciones de 1983 como candidata en las listas del Partido Obrero. Dada esta situación, hay quien afirma que se produjeron “copamientos” de algunas entidades de derechos humanos por parte de agrupaciones de izquierda (Leis, 1989).

en nuestras luchas de los sesenta” (Pozzi, 1990). En ella había una generación nueva de activistas vinculada al Partido Radical o bien al Movimiento al Socialismo u otros partidos de izquierda. Ante esa situación, el grupo de la UOM de Quilmes comenzó a formar una lista “pluralista” para oponerse a la dirigencia sindical establecida, que había recibido la conducción del gremio de manos de la intervención militar. Si bien la mayoría de los candidatos tenía filiación peronista, la plataforma de la lista, según un entrevistado, “se preparó con base en las necesidades de los metalúrgicos, con un enfoque menos politizado, con menos énfasis en lo partidario. Intentamos reunir compañeros que podían no estar de acuerdo con muchas cosas, pero que tenían en común la meta de recuperar el sindicato” (Pozzi, 1990).

En 1982, una oleada de politización irrumpió en la Universidad de Buenos Aires. Un dirigente del Partido Radical, que fuera activista universitario a fines de los años sesenta celebró varias reuniones con los líderes de la agrupación estudiantil que hemos mencionado, y que hasta entonces mantenían un perfil “independiente”. Finalmente, éstos decidieron vincularse orgánicamente al partido y participar en las elecciones del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras como representantes de la agrupación estudiantil Franja Morada, reconocida como el brazo universitario del mencionado partido. Según recuerda uno de los líderes, el Partido Radical les ofrecía medios y asesoramiento, y también “nos garantizaba experiencia y contactos en caso de que fuéramos arrestados. Esto legitimaba la relación con el partido incluso para algunos de nosotros que no se identificaban con el Radicalismo”. A partir de ese momento, el grupo comienza a participar activamente en las movilizaciones del partido en la Capital Federal y en la campaña para las elecciones de Centro, utilizando las consignas del Partido Radical. Según otro entrevistado: “A diferencia de otras agrupaciones estudiantiles, la Franja Morada tenían una propuesta universitaria bien elaborada, basada en la tradición Reformista. Pero los estudiantes se veían atraídos hacia nosotros también porque utilizábamos los discursos y las consignas de Alfonsín. Hicimos las campañas para el Centro con volantes que tenían la foto de Alfonsín”.

Veamos ahora lo ocurrido con Periferia. En 1988 se celebraron elecciones para elegir concejales en Florianópolis. Luego de dos años de experiencia negociando con distintas instituciones estatales, el grupo había consolidado su liderazgo en los 12 barrios y decidió que la organización ya estaba “madura” como para participar directamente de las elecciones municipales: “pensamos que teníamos una organización capaz de promover un candidato surgido del grupo mismo; evaluamos los distintos partidos y optamos por el Partido de los Trabajadores”. Si bien el candidato perdió la elección, el grupo considera que, por distintas razones, la experiencia fue valiosa. Durante este proceso pudieron comprobar que el apoyo de las comunidades era menos sólido que el brindado en campañas previas, sin fines electorales. Tales comunidades fueron objeto del activismo de otros grupos que promovían sus propios candidatos partidarios y en el momento de votar esto produjo divisiones. En las últimas entrevistas registradas a fines de 1989, la

campana para las elecciones nacionales estaba llegando a su clímax. Y si bien el grupo mantenía sus vínculos con el PT, sus miembros destacaban la importancia de distinguir entre la “política comunitaria” y la “política electoralista” —*política comunitaria y política partidaria-eleitoral*—; uno de los entrevistados decía: “tenemos que tener la cautela de preservar la unidad de nuestra comunidad más allá de la política partidaria; aquí hay gente que vota por distintos partidos, pero tenemos problemas locales en común que deben ser resueltos” (Krischke, 1990).

En estos períodos de elecciones, todos los grupos considerados enfrentaron el desafío de participar en la dinámica propia de la democratización política, iniciando o consolidando vínculos con algún partido. Hubo partidos que mostraron una eficacia excepcional: no sólo en la puesta en marcha de los aparatos políticos, movilizandolos masas que hasta ese momento habían permanecido desmovilizadas y atomizadas, sino también incorporando militantes y organizaciones sociales alternativas que se habían gestado en condiciones muy duras y que tenían una conciencia muy exacerbada del valor de la “autonomía”, la “democracia de base” y la “especificidad” de las luchas sociales.

No es posible atender aquí a las particularidades de cada caso, pero en general puede decirse que para forjarse cierta posición hegemónica, hubo partidos que se aplicaron a una intensa selección, apropiación y reformulación de diversas demandas sociales. Esto produjo modificaciones considerables en el discurso y, con menos frecuencia, en las prácticas de los partidos. Por ejemplo, un entrevistado de Periferia recuerda que “hicimos una contribución al discurso del PT que hasta entonces era principalmente un grupo de académicos y líderes sindicales. Ahora hablamos el lenguaje de la gente y todos pueden entendernos” (Krischke, 1990). A su vez, estas articulaciones orgánicas tuvieron un impacto muy fuerte sobre los grupos. Demandas que con enormes esfuerzos habían alcanzado cierta notoriedad, adquirieron ahora gran importancia. Pero, como contrapartida, los grupos que las defendían experimentaron una desapropiación, pues luego de su incorporación a los partidos, esas demandas ya no les pertenecían exclusivamente.<sup>21</sup> Además, algunas descripciones sugieren que cuando los grupos perdieron el equilibrio, siempre inestable, entre la dinámica social y la dinámica política, no tardaron mucho en sentir las consecuencias negativas —divisiones internas, multiplicación de facciones— de la escalada de esta última.

#### 4. De la movilización a la institucionalización

Ya hemos dicho que con la gradual consolidación de los sistemas de democracia política actualmente vigentes en los países que nos ocupan, se asiste a una considerable desmovilización de la sociedad civil y de muchos movimientos que unos años antes habían estado muy activos. Los grupos que venimos considerando

<sup>21</sup> Hay infinidad de ejemplos, pero uno es paradigmático: el modo en que el Partido Radical, en Argentina, se apropió durante la campaña de 1983 de la problemática de los derechos humanos.

no son atípicos pero, como es lógico, no agotan la diversidad de organizaciones y movimientos, que es inmensa. Por ende, el análisis que vamos a hacer de sus trayectorias ulteriores no puede ampliarse indiscriminadamente. Con todo, ofrece algunos elementos para profundizar la discusión sobre lo que está ocurriendo con los movimientos sociales en Argentina y Brasil.

A comienzos del gobierno radical se tomaron medidas que parecían indicar la existencia de un compromiso auténtico de dicho gobierno con la causa de los derechos humanos —especialmente la derogación de la ley de autoamnistía— que habían dictado los militares y la formación de la Comisión Nacional sobre Desaparición de Personas, con amplias facultades para investigar las denuncias contra el Estado terrorista. Pero a partir de 1986 se produjo un retroceso considerable en dicha causa, con la sanción de las leyes de Punto Final y de Obediencia Debida primero y, más tarde, con los indultos decretados por el gobierno peronista. Ciertamente, esto no puede evaluarse como un “éxito” desde la perspectiva de las demandas planteadas por las Madres de Plaza de Mayo. Sin duda, de los cuatro grupos considerados, éste es el que ha sufrido los altibajos y reveses más significativos, encarnando la imposibilidad del sistema político argentino para atender la dimensión ética de esas demandas (González Bombal, 1990). Con todo, hay otros elementos que deben tomarse en cuenta a la hora de esbozar una evaluación de la contribución de las Madres y otras organizaciones a la causa de los derechos humanos. En 1985, cuando la Cámara Federal comenzó a juzgar a los acusados por violaciones a los derechos humanos, se encontró con una responsabilidad inédita en la historia del poder judicial del país. Bajo la presión imponente de la lucha comenzada por las Madres en 1977 y de las marchas realizadas por las organizaciones de derechos humanos al comenzar el juicio, los fiscales y jueces enfrentaron el desafío de ejercer efectivamente la autonomía que, formalmente, les adjudica la Constitución. Los fallos, pronunciados en diciembre de 1985, incluyeron la condena a prisión perpetua del ex dictador general Videla. A esto se suma la proliferación de secretarías y cátedras de derechos humanos en partidos políticos, sindicatos y universidades y la aparición de organizaciones dedicadas a la situación carcelaria y otras formas de violación de los derechos humanos en la sociedad civil.

En las elecciones gremiales de 1984, el grupo de la UOM de Quilmes logró el control de su sindicato. Durante los años siguientes, la organización tuvo decenas de confrontaciones locales ya que, además de los habituales problemas de atrasos en los pagos, suspensiones y despidos, varios delegados seguían sufriendo persecuciones, a pesar de haber logrado reconocimiento formal. Asimismo, el grupo se sumó a varias huelgas generales decretadas por la CGT a nivel nacional. Pero al consolidar su posición en la estructura de poder del sindicato, el grupo comenzó a orientar la mayor parte de sus esfuerzos hacia otras tareas, inconcebibles unos años antes. En medio de la crisis económica y haciendo un esfuerzo por mantener las fuentes de trabajo de sus miembros, el sindicato se hizo cargo de la administración

de varias fábricas de la zona que se habían declarado en bancarrota. Asimismo, reforzaron sus relaciones con algunas organizaciones barriales y crearon una cooperativa, mejoraron un centro de salud y lanzaron un programa de construcción de viviendas. En las últimas entrevistas, algunos dirigentes manifestaron que entre sus proyectos futuros se contaban la construcción de un supermercado y la creación de un club deportivo (Pozzi, 1990).

A mediados de 1983, el grupo de la Franja Morada de Filosofía y Letras, en una elección muy ajustada frente a una agrupación estudiantil vinculada al peronismo, logró la conducción del Centro de Estudiantes, para perderla el año siguiente frente a una agrupación vinculada al Partido Intransigente. Primero desde la dirección del Centro y luego a partir de sus vínculos con otras agrupaciones y con el Partido Radical, el grupo participó activamente en el proceso de "normalización" de la Universidad de Buenos Aires (Toer y Gorlier, 1990). Durante dos años, este grupo y otros similares gravitaron considerablemente en la elaboración y puesta en marcha de un ciclo básico común para todas las carreras que, entre otras cosas, produjo un aumento del 32% en el número de los que ingresaron en 1985 (aproximadamente 80 000 nuevos estudiantes). Asimismo, participaron en la formación y funcionamiento de juntas de facultad encargadas de revisar los concursos docentes que se habían realizado durante los últimos meses de la dictadura, cuando muchos profesores estaban en el exilio —externo o "interno"— y, por lo tanto, imposibilitados de presentarse a concursar. Si bien un número considerable de concursos fueron reconfirmados, el proceso fue altamente conflictivo y politizado, al punto de que en un momento dado se produjo la intervención del Congreso Nacional. En 1986, al concluir la normalización, el claustro estudiantil logró tener representantes, con voz y voto, en los principales cuerpos directivos de la estructura universitaria (Consejo de Facultad, Consejo Superior y Asamblea Universitaria). Obviamente, el contraste entre esta situación y la existente diez años antes no podría ser más marcado.

A partir de 1982, cuando obtuvo la dirección del Consejo Comunitario de la favela en Monte Serrat, el grupo que cuatro años después ejerció el liderazgo de Periferia contó con una base sólida a partir de la cual encarar una serie de acciones que iban más allá del consabido juego de confrontación y negociación con las agencias estatales. Antes de expandir su influencia a los consejos de otras favelas, el grupo fortaleció su posición en Monte Serrat. Se organizaron comités con la misión de planear y poner en marcha una serie de cooperativas con participación directa de los residentes. En 1984 ya había varias cooperativas operando regularmente: la de producción de jabón para consumo interno y venta fuera del vecindario; la de producción de telas; la de consumo, vinculada con pescadores artesanales y pequeños granjeros de la zona, y la de vivienda. Además se formó un comité educacional con el objetivo de integrar las actividades del colegio primario, las dos guarderías infantiles y el club de jóvenes de la favela (Krischke, 1990). Durante el proceso de ampliación de su influencia sobre otros grupos sociales,

además de promover estas experiencias cooperativas en otros barrios, colaboraron en la organización de un grupo “Sin tierra” (*Sem Terra*) y de otro “Sin techo” (*Sem Teto*), conformado por nuevos migrantes urbanos (Krischke, 1990).

Como vemos, algunos grupos, luego de haber protagonizado luchas sociales bajo condiciones muy adversas y de haberse sumado a proyectos más globales encabezados por fuerzas políticas, alcanzaron un grado de institucionalización considerable. Esto está en la base de muchos fenómenos de desmovilización. La institucionalización no supone necesariamente la satisfacción de una demanda, sino el reconocimiento de la legitimidad de demandar que sólo puede lograrse —cuando se logra—, si la lucha se formula en términos de derechos que son legítimos, aunque al comienzo no sean reconocidos. La institucionalización supone entonces una culminación pero también un fin: con la aparición de procedimientos formales de negociación con actores antagonicos y de procedimientos formales de discusión y selección interna de representantes se producen cambios profundos en las formas de organización y acción; a partir de ese momento, las personas pueden ser las “mismas” pero los grupos considerados como sujetos sociales que han sufrido una transformación profunda, son “otros”. Sin duda, el caso de las Madres de Plaza de Mayo es el más problemático desde la perspectiva de las cuestiones que estamos tratando. Sin embargo, por eso mismo su análisis nos brinda nuevos elementos. En sus orígenes, todos los grupos sin excepción dieron mayor énfasis a las acciones de tipo simbólico expresivo y, en este sentido, el grupo de las Madres es, una vez más, paradigmático. Pero en otros grupos puede comprobarse que se da un tránsito de este énfasis en lo simbólico expresivo a un énfasis en la administración de recursos y en el ejercicio de derechos a través de procedimientos regulados, con lo cual los contornos heroicos de la acción social se desvanecen por completo. Sin embargo, en el caso de las Madres, en lugar de producirse una expansión de las formas de participación y representación social, lo que acontece es una relegitimación de la autonomía institucional de otro “actor”: el poder judicial, algo que al parecer las propias Madres no captaron en toda su magnitud, si bien podría ser clave para la lucha por los derechos humanos.

### TERCERA PARTE: REFLEXIONES FINALES

Comencemos por aclarar que estas reflexiones son “finales” sólo por su lugar en el cuerpo del presente trabajo. Y agreguemos que en contraste con lo expuesto en las secciones previas, las ideas que vamos a proponer a continuación tienen un carácter fundamentalmente provisional y argumentativo, por la naturaleza misma de las cuestiones planteadas.

Ya vimos que al promediar la década de los setenta se fue haciendo cada vez más clara la ausencia de transformaciones revolucionarias en los países que nos ocupan. Se inicia entonces el crepúsculo de las visiones histórico-idealistas del “desarrollo” y la “liberación” y de las visiones épicas respecto del potencial de los movimientos

sociales. Estas visiones pretendían identificar grandes tendencias metahistóricas, y otorgar en función de ellas un papel predeterminado a los distintos actores sociales.

Al mismo tiempo, la aparición de movimientos sociales con nuevas formas de organización y acción despertaron nuevas expectativas. Pero retrospectivamente pudimos comprobar que hubo una suerte de desplazamiento y supervivencia de las expectativas puestas anteriormente en los movimientos de liberación nacional: junto con el nuevo énfasis en el potencial democratizador, se siguió atribuyendo a los movimientos sociales el potencial de transformar rápida y profundamente al Estado y crear nuevas formas de poder político.

Es esta lectura en clave política y finalista la que se está viendo frustrada en la actualidad. Sin embargo, los estudios de caso sobre varios grupos pertenecientes a distintos movimientos sociales muestran que a pesar de todo algo ha ocurrido: hay fenómenos nuevos que parecen indicar la existencia de experiencias efectivas de aprendizaje social. Pero para capturarlas en su novedad hay que reformular las expectativas previas. Apoyándonos en la praxis efectiva de los movimientos sociales y en la discusión acerca de la democracia como sistema político constitucional y como principio organizador de las relaciones sociales, nos sumamos a la discusión sobre qué es posible y qué es deseable esperar de estos movimientos y de otros que puedan aparecer en el futuro. Con este ánimo iniciamos las siguientes reflexiones.

### *1. Bloquear la regresión autoritaria*

En medio de los regímenes más represivos en la historia contemporánea de América del Sur, los movimientos sociales introdujeron la idea y la práctica de la democracia como valor sustantivo. Se trata de algo nuevo en América Latina, donde con anterioridad habían dominado las concepciones instrumentales o las interpretaciones “clasistas” de la democracia. Es inútil buscar aquí el cumplimiento de alguna “ley histórica”. Fueron experiencias de aprendizaje social en las que la creatividad de la praxis excedió con creces a la “realidad” y a las “condiciones objetivas”.

La lucha por la satisfacción de necesidades y por la defensa de derechos protagonizada por los movimientos sociales, comportó una crítica y una alternativa efectivas frente a distintas corrientes autoritarias. Su aporte es crucial en varios sentidos. Primero, presentan formas concretas de defensa y ejercicio de derechos que no son reconocidos, cuando no hay garantías ni siquiera “formales” de parte del sistema político y cuando se atenta contra ellos desde el Estado autoritario represor. Segundo, combinan de manera excepcional necesidades materiales y “necesidades radicales” (Heller, 1984) frente a las manipulaciones que las élites oligárquicas, liberales o populistas, hacen de los derechos democráticos. Por último, brindan una lección ejemplar sobre el valor intrínseco de la libertad de asociación, de expresión y del derecho al debido proceso legal, frente al autoritarismo de

izquierda que con su énfasis en la “clase”, la “vanguardia” y la “toma del Estado”, interpretan estos derechos como mera fachada ideológica.

Sin duda, las tendencias hacia una regresión autoritaria existen y son poderosas. La experiencia histórica acumulada durante más de medio siglo sugiere que las instituciones de la democracia política no bastan *per se* para contrarrestarlas; por el contrario, muchas veces las han fortalecido todavía más. Sin embargo, estas tendencias no están “escritas en el cielo”, sino que arraigan en distintas tradiciones e instituciones sociales y políticas de los dos países.

De esas tradiciones, la confusión entre Estado, partidos políticos, movimientos de masa y demandas sociales, forjada y consolidada durante el período nacional popular, ha alimentado persistentemente la regresión autoritaria. En la actualidad y por razones de diversa índole, esta confusión parece estar tocando a su fin.

Ciertamente no es que de un día para el otro nos encontremos en otra “época”. Las nuevas prácticas emergen en regímenes de poder muy cristalizados y no pueden aparecer de manera transparente sino confusa y ambigua. Como hemos visto, los movimientos de las últimas décadas tuvieron un papel central en estos procesos de incipiente autonomía de lo social. Pero estamos en presencia de fenómenos contingentes y altamente inciertos, que requieren una recreación incesante. En tal sentido, la contribución de los movimientos sociales parece seguir siendo crucial.

## 2. *Construcción y radicalización de la democracia*

El análisis de las formas de organización y acción de distintos grupos durante los procesos de transición a la democracia, indica la existencia generalizada de un viraje decisivo durante las fases de elecciones nacionales. Vimos que al promediar la transición hubo grupos que parecieron perder la iniciativa frente a la creciente centralidad de los antagonismos políticos. Sin embargo, avanzando un poco más con la reflexión de este fenómeno, podríamos ahora interrogarnos sobre hasta qué punto esto no está indicando que muchos movimientos sociales se vieron ante una tarea inédita: se trataría del doble desafío de radicalizar y, simultáneamente, construir la democracia.

Aquí surge la cuestión de la relación entre movimientos sociales y partidos políticos. Durante los períodos de represión más severa y en situaciones de atomización social y política inéditas en Argentina y Brasil, hubo grupos que corriendo muchos riesgos exploraron la manera de defender, recrear y practicar en distintas esferas sociales, principios fundamentales del imaginario democrático. Pero esta dinámica social, principalmente defensiva, no bastó para superar los regímenes autoritarios. Aquí la contribución de los partidos políticos fue indispensable; sin estos actores capaces de negociar, pactar y encarar proyectos “globales” no hubiera habido “transición”.

Ya tuvimos oportunidad de considerar cómo distintos grupos estrecharon vínculos con algún partido, trasladaron sus demandas, experiencias y capacidad de movilización, y se sumaron a la dinámica política, con suerte diversa.

Consumada la transición, es probable que no se repitan los contornos particulares de esa doble tarea encarada por los movimientos sociales; sin embargo, con distintas características, acaso sea necesario que la sigan asumiendo.

En regímenes de democracia política un poco más estable acaso se reduzca el extraordinario efecto de arrastre y división de lo social, producido por los antagonismos políticos durante las transiciones. En esas condiciones, los partidos deberían ser capaces de conjugar opiniones, gestar coaliciones y desarrollar políticas acordadas entre distintos actores; sólo excepcionalmente los movimientos sociales pueden desempeñar estas funciones.

Pero si uno atiende a la dinámica política en países de democracia consolidada, hay indicaciones fehacientes de que los partidos tienden a burocratizarse, generando mecanismos de reproducción de élites y ensayando formas de integración masiva que mantienen y refuerzan la dispersión y la desmovilización. Más aún, se sabe que muchos de estos regímenes conviven perfectamente con situaciones de exclusión y marginación social extremas.

De nuevo aquí la contribución de los movimientos sociales es indispensable. Acaso estos movimientos deban fortalecerse en la dinámica social defensiva, delimitando espacios dentro de la sociedad civil y haciéndose fuertes en la organización de demandas que por su índole no son absorbidas por los partidos. Estos últimos, actuando casi siempre de acuerdo con la lógica electoral tienen obstáculos significativos para articular demandas radicalizadas de contenido ético valorativo, fundamentales para remover infinidad de formas de subordinación y relaciones asimétricas de poder. En contraste con ellos, los movimientos sociales han demostrado su eficacia en la exploración de formas múltiples de participación y representación que, a su vez, podrían eventualmente modificar el comportamiento de algunos actores políticos ampliando su capacidad de respuesta.

### *3. El basismo y la lucha contra la opresión cotidiana<sup>22</sup>*

Los estudios de caso indican que los distintos grupos se han caracterizado tanto por el énfasis puesto en la participación directa de los distintos miembros en los procesos de organización, discusión, toma de decisiones y acción como por la creación de relaciones interpersonales de tipo solidario y cooperativo, que favorecen la formación de nuevas identidades sociales. Vamos a agrupar todas estas características bajo la rúbrica del "basismo".

<sup>22</sup> Estas reflexiones se apoyan en algunas ideas propuestas por David Lehmann, 1990, en el último capítulo de su obra, bajo el título "Basismo as if reality really mattered or modernization from below" (p. 190-214). La distinción entre "subordinación" y "opresión" la tomamos de Laclau y Mouffe, 1985.

Nuestras sociedades, como tantas otras, están construidas sobre extensas redes de subordinación sólidamente arraigadas en la vida cotidiana: en la casa, el barrio, la fábrica, la universidad, etc. Esto es especialmente evidente en la vida cotidiana de los pobres. Aquí, hechos tales como hacer la comida, ver a un doctor, tomar un transporte público, ir a una agencia de empleos o inscribir a un niño en una escuela bastan para activar esas redes. Este sesgo molecular y rutinario de las subordinaciones las convierte en hábito y en sentido común. A su vez, esto explica que muchas desigualdades sean muy fáciles de mantener y aumentar, y muy difíciles de reducir.

Al mismo tiempo, crece la conciencia de que ni la “Revolución”, ni los arreglos institucionales, las reformas administrativas o los correctivos legales pueden por sí solos, desde “arriba”, producir modificaciones sustantivas en este terreno.

La mayoría de los movimientos sociales en nuestros países tienen una sólida tradición basista. Se mueven con fluidez y firmeza en la vida cotidiana, pues ése es el espacio donde originariamente se organizan y comienzan a actuar. Esto los torna especialmente apropiados para luchar contra las subordinaciones que hemos mencionado. Por un lado, la dimensión simbólico-expresiva movilizadora por estos grupos es clave para despertar un sentido de identidad y autoestima sin el cual la subordinación no puede desnaturalizarse. Sólo a partir de la experiencia de la subordinación como opresión puede un grupo comenzar a desandar el camino que convirtió lo arbitrario en rutinario. Por el otro, al circunscribir esferas de acción específicas y ayudados por su carácter celular, muchos movimientos sociales pueden confrontarse con estas subordinaciones reticulares allí donde éstas se ejercen. Con esto se afianzaría la posibilidad de generar transformaciones desde “abajo”.

#### *4. Democratización del Estado* <sup>23</sup>

Durante el último medio siglo los Estados de Argentina y Brasil han conocido distintos periodos con características disímiles y a veces opuestas; retomemos algunas ideas ya sugeridas en la primera sección. En el período populista se amplió el Estado y profundizó considerablemente su penetración, dando lugar a la expansión de una trama de relaciones complejas e imbricadas entre éste y la sociedad civil. En los períodos burocrático-autoritario y autoritario-neoconservador se promovieron políticas de modernización restringida, conservadora y excluyente, y se asistió a fenómenos tales como la contrainsurgencia militar, el terrorismo de Estado y la aparición de proyectos económicos orientados a autonomizar la lógica del mercado. El período actual merece un párrafo aparte, pues tiene que ver con el escenario donde los movimientos sociales deberán desenvolverse en el futuro inmediato.

<sup>23</sup> Los comentarios sobre este apartado están fundamentalmente inspirados en dos documentos: “Hacia un nuevo orden estatal en América Latina; veinte tesis sociopolíticas y un corolario de cierre” (Calderón y Dos Santos, 1990) y “Popular movements in the context of the consolidation of democracy” (Cardoso, 1989).

El presente nos muestra un proceso de redefinición profunda de las fronteras del Estado postpopulista (Calderón y Dos Santos, 1992). Los Estados nacionales de la región tienden a retroceder y privatizarse, bajo el peso de la crisis fiscal y la deuda externa, la excesiva centralización e ineficiencia administrativa, la incapacidad creciente de proveer servicios y la pérdida de legitimidad social. Las políticas de “ajuste” puestas en práctica con tal finalidad —reducción del gasto público, “privatización” de empresas y organismos del Estado, “flexibilización” laboral, “desregulación” de mercados, etc.— marcan la aparición de operadores (funcionarios y burócratas gubernamentales, empresas compradoras y bancos acreedores internacionales) que son refractarios a la influencia de actores sin sólida organización corporativa (sobre este tema véase Cavarozzi y Landi, 1991).

Ante esta situación, reflexionemos un momento sobre los espacios posibles de acción para los movimientos sociales en la tarea de democratización del Estado. Ante todo, hay que reconocer que no parecen tener el potencial requerido para fijar prioridades en la distribución de recursos a nivel global nacional (Cardoso, 1989) e intervenir de manera efectiva en la política de ajuste, que se aplica desde las “alturas” del poder gubernamental del Estado.

Sin embargo, en la segunda sección pudimos ver cómo en el área de las relaciones con distintos organismos estatales locales hubo movimientos que han luchado, con éxito variable, por contrarrestar las tradiciones clientelistas y modificar la distribución de los recursos ya existentes. En esta lucha están presentes las tensiones, ya aludidas, entre demandas radicales y necesidades pragmáticas de los distintos actores involucrados. La emergencia y fortalecimiento de las primeras es central para afirmar la autonomía de grupos que tienen una historia marcada por largas secuelas de subordinación y manipulación. Sin esta afirmación no parece factible que se mantengan y abran nuevos espacios de participación que, a su vez, podrían introducir alteraciones positivas en las relaciones de poder vigentes.

Hay indicios de que, apoyándose en la fuerza simbólico-ideológica proveniente de esa dimensión radical democrática, muchos grupos pueden crear estilos de autogestión comunitaria que permitan la administración de algunos bienes públicos por sus propios beneficiarios, y la producción de nuevos bienes requeridos para la satisfacción de sus necesidades pragmáticas. Acaso esto permitiría a muchos movimientos asumir el desafío de transformarse en agentes activos de la descentralización estatal, insertándose de manera más dinámica en un proceso que de lo contrario profundizará los patrones de modernización excluyente.

##### *5. Esferas públicas paralelas*<sup>24</sup>

Como hemos visto, en contextos de gradual consolidación de la democracia política, hubo movimientos sociales que se institucionalizaron y lograron auto-

<sup>24</sup> Estas reflexiones se basan principalmente en el trabajo “Os movimentos de bairro de Florianópolis na ‘Nova Republica’: para uma teoria da influência cultural dos movimentos sociais na transição política”

mía jurídico-formal. En algunos casos se vislumbra el surgimiento de una nueva dinámica con una lógica propia, relativamente independiente de la dinámica de interacciones entre el movimiento y otros actores —organismos estatales, partidos políticos, actores sociales aliados o antagónicos, etc.—, aunque puede tener consecuencias para esta última.

Especialmente en los movimientos barriales, estudiantiles y de derechos humanos, hay indicios de una transformación significativa en virtud de la cual distintos grupos relativamente organizados comienzan a interactuar entre sí y con las bases, creando espacios paralelos de representación, debate y negociación. A pesar de que forman parte del mismo movimiento, estos grupos compiten entre sí en esos espacios, ocupando posiciones diferenciadas y ostentando perspectivas distintas, estrategias encontradas e ideologías conflictivas. Así, hay grupos que acentúan la dimensión radical, la tematización ética y el conflicto, mientras otros se hacen fuertes en la dimensión pragmática, mostrando contornos más negociadores y clientelistas.

La formación de estas esferas públicas paralelas, con una dinámica de asambleas, debates y participación de las bases puede favorecer la democratización de las culturas políticas de muchos grupos. Es difícil que desaparezcan las tendencias autoritarias existentes en algunos grupos, pero al exponerse en un espacio con opciones más diversificadas y al tener que definirse frente a posturas más “universalistas” y éticas, tienden a modificarse también. En un contexto con características semejantes, muchos movimientos podrían incluso arriesgarse al clientelismo y obtener a través de él ciertos provechos, sin socavar exageradamente su autonomía.

Se trata sin duda de fenómenos precarios y muy vulnerables. Sin embargo, la multiplicación y expansión de estas esferas paralelas produciría modificaciones considerables en el “sentido común” de muchos grupos sociales, permitiéndoles exponer y abordar de manera afirmativa sus necesidades, dilemas y verdades. Algo que a su vez es fundamental para enriquecer y sustantivar la democracia.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Abos, Álvaro, (1987), “Sindicalismo, autonomía y política”, en Jelin, Elizabeth (comp.), *Movimientos sociales y democracia emergente*, Buenos Aires, CEAL, volumen II: 113-131.
- Bambirra, Vania y Dos Santos, Theotonio (1979), “Brasil: nacionalismo, populismo y dictadura. 50 años de crisis social”, en Pablo González Casanova (coord.),

(Krischke, 1990b). Para el tratamiento teórico de la noción de “esfera pública” pueden consultarse dos obras: *Strukturwandel der Öffentlichkeit* (Habermas, 1965; hay versión en castellano) y *Öffentlichkeit und Erfahrung* (Negt y Kluge, 1972).

- América Latina: historia de medio siglo*, volumen I: América del Sur, México, Siglo XXI Eds., 129-177.
- Boff, Leonardo (1985), *Church, Charism, and Power*, Londres, SCM Press.
- Boff, Leonardo (1986), *E a igreja se fez povo. Ecclesiogenese: a igreja que nasce da fe do povo*, Petropolis, Vozes.
- Bonavena, Pablo (1990), "Militancia estudiantil y derechos humanos", proyecto de investigación, Buenos Aires, UBA/Instituto de Sociología (mimeo.)
- Calderón, Fernando (1986), "Los movimientos sociales ante la crisis", en Fernando Calderón (comp.), *Los movimientos sociales ante la crisis*, Buenos Aires, UNU/CLACSO/IIISUNAM, pp. 327-398.
- Calderón, Fernando y Dos Santos, Mario (1987), "Movimientos sociales y democracia: los conflictos por la constitución de un nuevo orden", en Fernando Calderón y Mario Dos Santos (comps.), *Los conflictos por la constitución de un nuevo orden*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 11-32.
- Calderón, Fernando y Dos Santos, Mario (1990), "Hacia un nuevo orden estatal en América Latina; veinte tesis sociopolíticas y un corolario de cierre", Buenos Aires, Conferencia Regional PNUD-UNESCO-CLACSO (mimeo.)
- Cardoso, Ruth (1983), "Movimentos sociais urbanos: balanço crítico", en Sorj *et al.* (eds.), *Sociedade e politica no Brasil pos-64*, San Pablo, Brasiliense.
- Cardoso, Ruth (1989), *Popular movements in the context of the consolidation of democracy*, Kellogg Institute, documento de trabajo núm. 120, marzo.
- Castells, Manuel (1980), *Cidade, democracia e socialismo*, Río de Janeiro, Paz e Terra.
- Castells, Manuel (1983), *The City and the Grassroots: A cross-cultural theory of urban social movements*, Londres, Edward Arnold.
- Cavarozzi, Marcelo (1983), *Autoritarismo y democracia*, Buenos Aires, CEAL.
- Cavarozzi, Marcelo y Garretón, Antonio (1989), *Muerte y resurrección. Partidos políticos y transición en el Cono Sur*, Santiago, FLACSO.
- CLACSO (1988a), "Clientelismo o autonomía: los movimientos sociales en la construcción de un nuevo orden político", *Le Monde Diplomatique* (edición latinoamericana), año 3, núm. 18, marzo-abril, pp. 23-24.
- CLACSO (1988b), "Política económica y actores sociales: los movimientos sociales bajo el ajuste", *Le Monde Diplomatique* (edición latinoamericana), año 3, núm. 18, marzo-abril, p. 21.
- CNBB (Conferencia Nacional dos Obispos Brasileiros) (1981), *Comunidades: igreja na base*, San Pablo, Ediciones Paulinas.
- Collier, David (ed.) (1979), *The New Authoritarianism in Latin America*, Princeton, Princeton, University Press.
- Comblin, J. (1977), *Le pouvoir militaire en Amérique Latine: l'ideologie de la securité nationale*, París, Delays.
- Corradi, Juan (1982-3), "The Mode of Destruction: Terror in Argentina", *Telos*, 54, invierno, pp. 61-76.

- Corradi, Juan (1985), *The Fitful Republic: Economy, Society and Politics in Argentina*, Nueva York, Westview Press.
- Debray, Régis (1961), "Revolución en la revolución", en *Cuadernos de la Revista Casa de las Américas*, La Habana.
- Debray, Régis (1974), *La critique des armes*, París, Seuil.
- Di Tella, Torcuato (1964), *El sistema político argentino y la clase obrera*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Di Tella, Torcuato (1984), "The Popular Parties: Brazil and Argentina in a Latin American Perspective", *Government and Opposition*, vol. 19, primavera, pp. 250-268.
- Di Tella, Torcuato (1990), *Latin American Politics: a Theoretical Framework*, Austin, University of Texas Press.
- Do Couto e Silva, Golbery (1985), *Geopolítica do Brasil*.
- Dos Santos, Theotonio (1970), *Dependencia y cambio social*, Santiago, CESO.
- Dos Santos, Theotonio (1986), "Crisis y movimientos sociales en Brasil", Fernando Calderón (comp.), *Los movimientos sociales ante la crisis*, Buenos Aires, UNU/CLAC-SO/IISUNAM, pp. 45-61.
- Frank, Gunder (1967), *Capitalism and Underdevelopment in Latin America. Historical Studies of Chile and Brazil*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Frank, Andre (1969), *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Frank, Andre (1970), *Latin America: Underdevelopment or Revolution?*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Frank, Andre (1992), "Latin American Development Theories Revisited", *Latin American Perspectives*, vol. 19, núm. 2, primavera, pp. 125-139.
- Furtado, Celso (1964), *Development and underdevelopment: a structural view of the problems of developed and underdeveloped countries*, Berkeley, University of California Press.
- Furtado, Celso (1961), *Desenvolvimento e subdesenvolvimento*, Río de Janeiro, Fondo de Cultura.
- Galtung, Johan (1981), *The Blue and the Red, the Green and the Brown! A Guide to Movements and Countermovements*, Ginebra, Institut Universitaire d'Etude du Development.
- Germani, Gino (1962), *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Eudeba.
- González Bombal, Inés (1990), "Tender a lo imposible: las Madres de Plaza de Mayo", Madrid, XII Congreso Mundial de Sociología (mimeo.)
- Guerrieri, Adolfo (ed.) (1982), *La obra de Prebisch en la CEPAL*, México, Fondo de Cultura Económica, 2 vols.
- Guevara, Ernesto (1968), *Oeuvres révolutionnaires*, París, Maspero.
- Habermas, Jürgen (1965), *Strukturwandel der Öffentlichkeit*, Berlín, Luchterhand.
- Hilb, Claudia y Lutzky, Daniel (1984), *La nueva izquierda argentina: 1960-1980*, Buenos Aires, CEAL.

- Hirschman, Albert (1982), *Shifting Involvements. Private Interest and Public Action*, Nueva Jersey, Princenton University Press.
- Hirschman, Albert (1984), *Getting Ahead Collectively. Grassroots Experiences in Latin America*, Nueva York, Pergamon Press.
- Jelin, Elizabeth (comp.) (1985), *Los nuevos movimientos sociales*, Buenos Aires, CEAL, volúmenes I y II.
- Jelin, Elizabeth (1986), "Otros silencios, otras voces: el tiempo de la democratización en Argentina", en Fernando Calderón (comp.), *Los movimientos sociales ante la crisis*, Buenos Aires, UNU/CLACSO/IIISUNAM, pp. 17-44.
- Jelin, Elizabeth (comp.) (1987a), *Movimientos sociales y democracia emergente*, Buenos Aires, CEAL, volúmenes III y IV.
- Jelin, Elizabeth (1987b), "Introducción", Elizabeth Jelin (comp.), *Ciudadanía e identidad: las mujeres en los movimientos sociales latinoamericanos*, Ginebra, UNRISD, pp. 311-354.
- Kaplan, Marcos (1979), "50 años de historia argentina (1925-1975)", en Pablo González Casanova (coord.), *América Latina: historia de medio siglo*, volumen I: América del Sur, México, Siglo XXI Eds., pp. 1-73.
- Karl, Terry (1990), "Dilemmas of Democratization in Latin America", *Comparative Politics*, octubre, pp. 1-21.
- Kay, Cristobal (1989), *Latin American Theories of Development and Underdevelopment*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Kreimer, Pablo (1991), *Estado y sociedad en América Latina: los años '80 y '90*, CEA/UBA, Buenos Aires, mimeo.
- Krischke, Paulo (comp.), *Brasil: do 'Milagre' a 'Abertura'*, São Paulo, Cortes Editora.
- Krischke, Paulo (1990), *Práticas sociais em períodos de transição: um novo movimento de bairro em Florianópolis durante a 'abertura' e transição política*, Madrid, XII Congreso Mundial de Sociología (mimeo.)
- Krischke, Paulo (1990), *Os movimentos de bairro de Florianópolis na "Nova Republica" para una teoría de influencia cultural dos movimento sociais na transição política*, Florianópolis, UFSC, (mimeo).
- Krischke, Paulo et al. (1992), *Neoliberalismo e mudança no Cono Sul*, San Pablo, Brasiliense.
- Laclau, Ernesto (1977), *Politics and Ideology in Marxist Theory: Capitalism - Fascism - Populism*, Londres, NLB.
- Laclau, Ernesto (1987), "Populismo y transformación del imaginario político en América Latina", *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, 42, junio, pp. 25-39.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (1985), *Hegemony and Socialist Strategy; Towards a Radical Democracy*, Londres, Verso.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (1987), "Post-marxism Without Apologies", *New Left Review*, 166, nov-dic.
- Lechner, Norbert (ed.) (1981), *Estado y política en América Latina*, México, Siglo XXI Eds.

- Lehmann, David (1990), *Democracy and Development in Latin America: Economics, Politics, and Religion in the Postwar Period*, Londres, Polity Press.
- Leis, Héctor (1989), "El movimiento de derechos humanos y el proceso de democratización política en la Argentina", en Eduardo Viola *et al.* (comps.), *Crise política, movimentos sociais e cidadania*, Florianópolis, UFSC, pp. 38-74.
- Linz, Juan y Stepan A. (1978), *The Breakdown of Democratic Regimes*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Lopez, George y Stohl, Michael (eds.) (1987), *Liberation and Redemocratization in Latin America*, Nueva York, Greenwood Press.
- Lopez, J. B. (1964), *Sociedade industrial no Brasil*, San Pablo, DIFIEL.
- Mainwaring, Scott (1986), *Grassroots Popular Movements, Identity, and Democratization in Brazil*, Kellogg Institute, documento de trabajo núm. 84, octubre.
- Mainwaring, Scott (1986), *The Catholic Church and Politics in Brazil, 1916-1985*, Stanford, Stanford University Press.
- Mainwaring, Scott (1987), *Grassroots Catholic Groups and Politics in Brazil -1964/1985*, Kellogg Institute, documento de trabajo núm. 98, agosto.
- Mainwaring, Scott y Viola, Eduardo (1984), "Nueva Social Movements, Political Culture, and Democracy: Brazil and Argentina in the 1980s", *Telos*, 61, pp. 17-52.
- Mainwaring, Scott *et al.* (ed.), *The New Democracies in Latin America: Problems of Transition and Consolidation*, Notre Dame.
- Malloy, James (ed.) (1977), *Authoritarianism and Corporatism in Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
- Malloy, James y Seligson, Mitchell (eds.) (1987), *Authoritarians and Democrats*, Pittsburgh, University of Pittsburgh.
- Marini, Ruy Mauro (1974), *El movimiento obrero en el Brasil*.
- Mellucci, Alberto (1982), *L'invenzione del presente, movimenti, identità, bisogni individuali*, Bolonia, Il Mulino.
- Mellucci, Alberto (1988), "Social Movements and the Democratization of Every Day Life", en John Keane (ed.), *Civil Society and State; New European Perspectives*, Londres, Verso.
- Mellucci, Alberto (1989), *Nomads of the present: social movements and individual needs in contemporary society*, Londres, Hutchinson Radius.
- Moisés, J. *et al.* (1982), *Cidade, povo e poder*, Río de Janeiro, Paz e Terra.
- Morris, Stephen (1989), "Regime Cycles in Latin America", *Latin American Studies*, vol. 2, núms. 1-2, pp. 139-158.
- Munk, Roland (1989), *Latin America: The Transition to Democracy*, Zed Books.
- Murmis, Miguel y Portantiero Juan (1971), *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI Eds.
- Negt, Oskar y Kluge, Alexander (1972), *Offentlichkeit und Erfahrung*, Francfort, Surkamp.
- Nerfin, Marc (1987), "Neither price nor merchant citizen: an introduction to the Third System", *Development Dialogue*, 1.

- O'Donnell, Guillermo (1972), *Modernización y autoritarismo*, Buenos Aires, Paidós.
- O'Donnell, Guillermo (1973), *Modernization and Bureaucratic-Authoritarianism: Studies in South American Politics*, Berkeley, University of California, Institute of International Studies.
- O'Donnell, Guillermo (1982), *El Estado burocrático autoritario. Triunfo, derrotas y crisis*, Buenos Aires, Ed. Univ. de Belgrano.
- O'Donnell, Guillermo *et al.* (1986), *Transitions from Authoritarian Rule*, Londres, Johns Hopkins Press, 5 vol.
- Palermo, Vicente (1987), "Movimientos sociales y partidos políticos, aspectos de la cuestión en la democracia emergente en la Argentina", en Jelin, Elizabeth (comp.), *Movimientos sociales y democracia emergente*, Buenos Aires, CEAL, volumen II, pp. 133-173.
- Parsons, Talcott (1951), *The Social System*, Londres, Routledge and Paul Kegan.
- Parsons, Talcott (1966), *Societies, Evolutionary and Comparative Perspectives*, Prentice Hall.
- Pastor, Robert (1989), *Democracy in the Americas: Stopping the Pendulum*, Nueva York y Londres, Holmes and Meier.
- Philip, George (1984), "Democratization in Brazil and Argentina, Some Reflections", *Government and Opposition*, vol. 19, primavera, pp. 269-276.
- Piscitelli, Alejandro *et al.* (1990), *Social Movements and Paradigm Crisis; Methodology and Theory in a Post-structuralist World, A Latin American Perspective*, Madrid, XII Congreso Mundial de Sociología (mimeo.)
- Pozzi, Pablo (1990), *El movimiento obrero argentino en la transición de la dictadura a la democracia: el caso de la UOM de Quilmes*, Madrid, XII Congreso Mundial de Sociología (mimeo.)
- Prebisch, Raúl (1949), "El desarrollo de la América Latina y algunos de sus principales problemas", *El trimestre económico*, 16 (3), núm. 63.
- Remer, Karen y Merckx, Gilbert (1982), "Bureaucratic Authoritarianism Revised", *Latin American Research Review*, 17.
- Rodrigues, Leoncio (1974), *Trabalhadores, sindicatos e industrialização*, San Pablo, Brasiliense.
- Rostow, W. W. (1960), *The Stages of Economic Growth: a Non-Communist Manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Sader, Eder (1988), *Quando novos personagens entraram em cena; experiências e lutas dos trabalhadores da Grande São Paulo 1970-1980*, San Pablo, Paz e Terra.
- Schamis, Héctor (1991), "Reconceptualizing Latin American Authoritarianism in the 1970s", *Comparative Politics*, enero, pp. 201-220.
- Scherer Warren, Ilse (1991a), *Redes de movimientos: Uma perspectiva para os anos 90*, La Habana, XVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) (mimeo).
- Scherer Warren, Ilse (1991b), *As teorias sobre os movimentos sociais latinoamericanos*, Florianópolis, UFSC (borrador preliminar).
- Scherer Warren, Ilse y Kruschke, Paulo (comps.) (1987), *Uma revolução no cotidiano? Os novos movimentos sociais na América do Sul*, San Pablo, Brasiliense.

- Simao, A. (1966), *Sindicatos e Estado*, San Pablo, Dominus Editora.
- Singer, Paul y Brant, Vinicius (eds.) (1980), *São Paulo: O povo em movimento*, Petrópolis, Vozes/Cebrap.
- Spalding, H. (1977), *Organized Labor in Latin America*, Nueva York, New York University Press.
- Stepan, Alfred (1988), *Rethinking Military Politics: Brazil and the Southern Cone*, Princeton, Princeton University Press.
- Stepan, Alfred (ed.) (1989), *Democratizing Brazil: Problems of Transition and Consolidation*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press.
- Stewart, Angus (1969), "Las raíces sociales", en Ionescu, R. y Gellner, E. (comps.), *Populismo, sus significados y características*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Tillman, Evers (1987), *Identidad. El rostro oculto de los movimientos sociales*, CLAHE, Montevideo.
- Toer, Mario y Gorlier, Juan (1990), *El movimiento estudiantil durante la transición a la democracia en Argentina Estudio de una agrupación en la Universidad de Buenos Aires*, Madrid, XII Congreso Mundial de Sociología (mimeo).
- Touraine, Alain (1981), *La voix et le regard*, París, Seuil.
- Touraine, Alain (1988), "Actores sociales y modernidad", en Fernando Calderón (ed.), *Modernidad y postmodernidad*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 175-178.
- Touraine, Alain (1989), *América Latina; política y sociedad*, Madrid, Espasa Calpe.
- Touraine et al. (1980), *La prophétie anti-nucleaire*, París, Seuil.
- Touraine et al. (1982), *Solidarité: Analyse d'un mouvement social, Pologne 1980-81*, París, Fayard.
- Viola, Eduardo et al. (comps.) (1989), *Crise política, movimentos sociais e cidadania*, Florianópolis, UFSC.
- Weffort, Francisco (1978), *O populismo na politica brasileira*, Río de Janeiro, Paz e Terra.
- Zenteno, Raúl (comp.) (1977), *As classes sociais na America Latina*, Río de Janeiro, Paz e Terra.
- Zermeño, Sergio (1987), "La democracia como identidad restringida", en Calderón, Fernando y Dos Santos, Mario (comps.), *Latinoamérica: lo político y lo social en la crisis*, Buenos Aires, CLACSO.
- Zermeño, Sergio (1990), "El regreso del líder", en *David y Goliath*, CLACSO, año XIX, núm. 56. abril, 54-62 pp.